

Capítulo 32 - - Luces pálidas

Algo no andaba bien.

Esa fue su primera impresión al despertarse, aunque alguien lo observaba con atención.

“Ferranda rechazó. Tendremos que arreglárnoslas sin ella.”

Tristán se frotó los ojos con sueño, ocultando su malestar lanzando una mirada a Yong. A lo lejos, las primeras personas comenzaban a entrar en el patio—los habituales madrugadores. La única presente en la cocina era Vanesa, quien, por su siesta tardía anoche, seguramente habría reducido su descanso.

“¿Cómo es posible que seas tan madrugador?” se quejó.

A su alrededor solo estaba Yong, entonces, ¿por qué estaban en alerta? Era un instinto ciego, como detectar la lluvia en el aire, pero Tristan no había llegado lejos en la vida ignorando sus sensaciones.

“No puedes gritarles a tus hombres por no levantarse rápido si ya están despiertos antes que tú,” respondió Yong con entusiasmo. “¡Arriba, Tristan! A ponerse en marcha.”

Fortuna, inclinada sobre su hombro, cubrió un bostezo con la mano.

“Ni siquiera parece estar bebiendo,” comentó con admiración. “Su hígado debe ser de hierro fundido.”

Él habría fruncido el ceño a la diosa si pudiera. El ladrón tuvo que luchar contra la tentación de bostezar por un momento antes de rendirse, siendo objeto de una ceja levantada en burla por Yong. No era como si Fortuna se cansara, ella bostezaba solo para molestar.

“Conseguí las municiones y el permiso para entrar,” dijo Tristan. “Podremos avanzar cuando regrese.”

Yong, agazapado junto a la cortina que hacía de ‘puerta’ a su habitación, frunció el ceño claramente.

“No entiendo por qué tienes que salir en absoluto,” dijo.

“No te estoy pidiendo que lo hagas,” replicó Tristan con firmeza.

Incluso la insinuación de que sus acciones estaban sujetas a debate era mejor eliminarla de raíz. El exsoldado levantó una mano en señal de paz.

“No voy a hurgar,” dijo. “Pero debes tener cuidado, Tristan. Si mueres allá afuera, todo el plan se deshará.”

Eso no era exactamente cierto. Mcarron había preparado que el teniente Wen entregara las municiones y las órdenes a Maryam en caso de que Tristan pereciera y que Francho fuera quien se destacara después de subir en el ascensor. Necesitaban a alguien capaz de descifrar criptoglifos, no a un ladrón. Incluso Yong, que empuñaba mosquetes y municiones salinas, era probablemente más importante para la causa en ese momento que Tristan.

“Tomé medidas por si acaso,” comentó de manera vaga. “Pero te aseguro que no tengo intención de cometer errores en esta etapa final.”

“Eso puedo creérmelo,” dijo Yong, then vaciló.

Yong mordió el interior de su mejilla.

“Eres cauteloso, hasta que las balas empiezan a volar,” dijo Yong. “Esa imprudencia no es de tu estilo.”

La pregunta no expresada resonaba en el aire con fuerza. Como siempre, su instinto era esquivarla y mantener en la penumbra su pasado. Pero Yong, él había confiado. Le había contado sobre las penas que lo llevaron a este lugar, la razón de sus manos temblorosas y la bebida que las calmaba. No era una deuda, exactamente, pero tampoco era insignificante. La abuela le habría llamado sentimentalismo, le habría regañado por considerar algo tan infantil como la reciprocidad. Cada secreto es una piedra, le enseñó. Cada vez que compartes uno, tu tumba se aproxima a su fin.

Pero había aprendido, desde que llegó a la isla, que sabía mucho menos sobre la abuela de lo que había imaginado.

“Estoy endeudado y necesito saldar esas deudas,” dijo finalmente Tristan.

Yong gimió. No preguntó a quién o qué tipo de deuda se refería. El veterano sabía mejor.

“¿Y es mejor pagarlas aquí?” preguntó en su lugar.

“Es posible que nunca exista otro lugar,” respondió Tristan con honestidad.

Si no actuaba ahora, los hermanos Cerdan y Cozme Aflor se escaparían de su alcance y regresarían a Sacromonte. Una vez regresaran a la seguridad de los Huertos, los distritos amurallados donde residían los infanzones bajo la luz del Resplandor, estarían fuera de su alcance. Podía aceptar que los hermanos sobrevivieran a su atención, pero ¿Cozme Aflor? En su Lista había cinco nombres y la mayoría ya desaparecían o se escondían tras altas murallas. No vencería la oportunidad de tachar incluso el último nombre.

Remund Cerdan moriría, y a través de él, Cozme estaría obligado a buscar a Augusto como último recurso para salvar su posición en la Casa Cerdan o intentar refugiarse uniéndose a la Guardia. De cualquier manera, Tristan tendría una oportunidad clara de atraparlo.

Los ojos oscuros de Yong lo miraron, buscando, y finalmente el hombre mayor asintió.

"Siempre nos dicen que la venganza no vale la pena, ¿sabes?" dijo Yong. "Que no merece arriesgar tu vida por ella, que al final no te hará más feliz. Una victoria vacía, en el mejor de los casos."

"¿Y lo fue?" preguntó la rata. "¿Valió la pena?"

La Tianxi sonrió, lenta y gélida como el mordisco del rencor.

"Cuando pienso en ese último aliento que sale temblando de sus labios," dijo Yong suavemente, "me calienta el corazón. Incluso ahora, después de tantos años. He lamentado muchas cosas, Tristan, pero nunca mi venganza."

El hombre mayor le dio una palmada en el hombro antes de levantarse.

"Te deseo suerte," dijo.

El ladrón lo observó partir en silencio, preparándose. No era exactamente confianza lo que los unía. Ambos sabían que el otro tenía intenciones con las que no estaban dispuestos a negociar, incluso a costa del otro. Pero, pensó, había un entendimiento, y en algunos aspectos eso era más fiable que la confianza. Menos ciego. Y algo que valía la pena mantener, si podía. Maryam había insinuado que la oportunidad que se le ofrecería después de estas pruebas no sería concedida a Yong, pero quizás existían maneras de sortear eso.

Y ahora que Yong había desaparecido, ya no lo distraía, la inquietud regresó. La lluvia en el viento, las nubes en la distancia.

"Sabes que ese hombre está casado, zorra, así que deja esa mirada de anhelo."

El ladrón ocultó su sorpresa. No había oído a Lan acercarse, así que fue con la guardia baja que empezó, mientras Lan sonreía de manera desagradable. Se levantó, ajustando su ropa. La inquietud podía esperar, no fuera a perder otra rata mordiendo su cola.

"Pensé que estamos en disputa," dijo Tristan.

"Nos estamos reconciliando," le explicó Lan. "Ya no hay un grupo alrededor de Tupoc y ambos vamos a adentrarnos en el laberinto, ¿verdad? Mejor enterrar nuestro rencor, por si nos encontramos en el camino."

El ladrón se rozó el hombro.

"No piensas volver aquí."

Fue más una afirmación que una suposición.

"Prefiero seguirle la corriente a Tredegar que arriesgar tu plan," respondió Lan con franqueza. "Mientras no perdamos demasiadas personas en la última etapa del camino, todo está bajo

control."

Asintió con la cabeza. Tristan no necesariamente estaba de acuerdo, pero tampoco podía decir que ella estaba equivocada. Las últimas pruebas probablemente serían brutales, pero intentar una más sencilla y después esconderse tras los Pereduri durante el resto del trial no era una mala estrategia. Si Lan tenía suerte con su prueba y resultaba vencedora, podría pasar el resto de la Prueba de las Ruinas como espectadora, igual que Isabel Ruesta. Es improbable que se preocupara por lo que percibían como cobardía: tan cerca de la puerta y con muy pocos participantes restantes, los vencedores eran un recurso demasiado valioso para arriesgar.

"Sensato", asintió con gesto decidido.

Hizo una pausa, reflexionando si debía continuar o no. Sin embargo, después de su conversación con Yong, no sería justo no hacerlo; parecería una traición.

"Creo que fue Brun", dijo Tristan de repente.

Lan se quedó completamente quieta, luego forzó una sonrisa en su rostro.

"¿Qué certeza tienes?"

"Es suficiente como para acercarme a él por ello", afirmó el ladrón.

No podía estar completamente seguro, sabiendo lo que sabía, pero Brun era el sospechoso más probable de ser el asesino, con una diferencia considerable. Solo el motivo lo detenía de hablar con mayor firmeza.

"Interesante", dijo Lan con voz plana y fría. "Voy a obtener los detalles de Sarai, así que no hace falta extenderse. ¿Sus motivos?"

"Desconocidos", admitió Tristan, pasando una mano por su cabello. "Pero hay algo raro en su contrato."

¿Un precio por matar? frunció el ceño. Eso era muy ilegal.

Era una de las pocas cosas que la Guardia se atrevía a perseguir incluso en las sombras del Murk. No por preocupación por las ratas, claro, sino porque tales contratos eran ilegales bajo los Acuerdos de Iscariot, y no eliminarlos significaría que Sacromonte estaría en falta.

"No lo sé con certeza", bordeó Tristan. "No creo que sea tan simple, pero también dudo que su contrato solo tenga que ver con sentir presencias."

Lan asintió lentamente.

"Eres generoso con la información", comentó ella.

Él fue, aunque no tanto como podría haber sido.

"Si vamos a separarnos, hagámoslo en buenos términos", respondió. "Me cuesta poco ofrecerte esto."

La mujer de labios azules musitó, evaluándolo.

"Alguien entró en tu habitación durante la cena de anoche", dijo Lan. "La cortina no estaba igual que como la dejaste."

Y así, la inquietud que había ido disipando lentamente volvió con fuerza.

Se quedó quieto, su mente girando en torno a esa idea. ¿Había llegado la teniente Vasanti a sospechar de él? No habrían encontrado nada, no en su habitación. Él no había ocultado la marca allí, prefiriendo esconderla en una de las bastiones abandonados, y los botones de piedra nunca salían de su bolsillo. Solo Francho y Maryam sabían dónde estaba la marca, ya que él les había encomendado probarla en la máquina que Vasanti quería que estudiaran. Tendré que revisar mis cosas después del desayuno para ver si falta algo.

¿Y qué podría tener que valiera la pena robar? La mayoría de sus armas y ropas venían del Vigilante, y el resto de sus pertenencias cabían en una sola bolsa. Su gabinete no valía mucho sin conocimiento sobre los viales y su uso, y además se consideraba un botiquín, lo cual hacía inútil robarlo, ya que podía confiar en el médico de la Guardia. Con los labios apretados de preocupación, asintió agradecido a Lan. Ella resopló.

"Ha sido un placer trabajar contigo, rata", dijo ella. "Para mi sorpresa."

"Y tú", respondió Tristan. "Nos encontraremos otra vez en la Prueba de las Malezas."

"Si no te comes más de lo que puedes masticar", bromeó ella, luego le hizo un gesto para que se apartara.

Pensó que era una despedida adecuada para personas como ellos. Si no fuera porque alguien había revisado sus cosas, su humor habría mejorado. Pero en cambio, con el ceño fruncido, salió en busca del desayuno y encontró a los habituales ya sentados. Tupoc y su grupo siempre eran los primeros en marcharse tras el amanecer, por lo que, aunque ahora estaban mucho menos, con solo Ocotlán, Lan y un Augusto muy nervioso, habían reservado su mesa habitual. Tristan se acercó a Yong, quien ya había llegado, y en un instante tuvo un tazón de gachas frente a él. Miró a Vanesa, que había sido quien las llevó, y levantó una ceja.

—Lo has estado haciendo por mí cada mañana —sonrió la anciana—. Pensé en devolverle el favor al menos una vez.

Pensó que ella lucía mejor esa mañana. No tan pálida como había estado en los últimos días. Sin embargo, una punzada le atravesó el estómago al verla. Contento de que mejorara, lo suficiente para moverse con ayuda de sus muletas y entregar tazones a las personas, le ponía los nervios de punta. Su herida no era del tipo que suele curarse fácilmente.

—Y todos nos beneficiamos de ti —dijo Yong con tono desganado—. Ella también trajo la mía.

—No hacía falta —le dijo Tristan a Vanesa.

Su respiración, notó, era lenta. Más lenta de lo que debería, aunque, si eso fuera demasiado, debería acelerarse en su lugar.

—Quería hacerlo —respondió ella, con la mandíbula firme.

Y al mirarla, a la determinación en su última mirada y la postura en la que permanecía, él se detuvo. Algo no estaba bien. Desde el principio había sentido que había algo extraño. Algo raro en ella. Su mirada se desplazó hacia la otra mesa.

—¿Ellos también? —preguntó con tono casual.

Vanesa no respondió.

—Es demasiado amable —dice Yong—. Tupoc debería estar hambriento, no alimentado.

Pero no era Tupoc Xical lo que Tristan observaba, ni Lan, ni siquiera Augusto Cerdán. Era Ocotlán, aquel corpulento con tatuajes de la Menor Mano en los brazos, que había servido como matón para esa banda. Vanesa, recordaba, había llegado allí en lugar de su hijo, cuyo pierna fue rota por la Menor Mano por deudas impagas. Hace dos días, Tristan se había alejado mientras Vanesa estaba embobada escuchando a Augusto Cerdán relatar las arrogantes historias de Ocotlán. Las historias del brutal que había hecho en favor de la Menor Mano.

Cada detalle encajaba como engranajes, encajando en su sitio con precisión.

—Vanesa —susurró con calma—. Dímelo, ¿no lo hiciste tú?

La anciana suspiró y luego se acomodó en el banco a su lado. Apoyó las muletas contra la mesa y descansó el hombro contra el ladrón, con comodidad.

—Ya es demasiado tarde, querida —dijo—. Ya lleva dos tazones.

Los ojos de Yong se abrieron como platos al mirarlos.

—Vanesa —susurró—. ¿Qué hiciste?

—Calmé a un perro rabioso —dijo la vieja mujer.

Y lo que Tristan escuchó al oír esas palabras fue como tirar de un gatillo.

Pasaron tres segundos más antes de que comenzara la explosión de gritos.

El ladrón observó, con ojos grises inescrutables, cómo Ocotlán caía de bruces. El azteca se convulsionaba violentamente, babeando hasta que empezó a vomitar sobre la mesa. Tupoc y Augusto huyeron de él, como si su sola presencia fuera peligrosa, mientras Lan tropezaba y caía al suelo por el susto. La escena atrajo la atención de todos en el patio, incluidos los capirotes negros.

—¿Qué usaste? —preguntó Tristan con voz áspera—. ¿Qué frascos, cuánto?

Pasar esto por una simple alergia era casi imposible. Un frío le invadió el estómago. Debía haber alguna forma de encajar todo, de tergiversar la verdad hasta que dijera lo que él necesitaba.

—Tres en el compartimento superior —dijo Vanesa con calma—. Perdón por el robo, pero quería estar seguro.

El ladrón se atragantó.

—¿Los frascos enteros? —logró susurrar.

Ella asintió, y él respiró con fuerza, profundamente. Toda su reserva de arsénico blanco, mandrágora y antimonio. Cada uno de ellos un veneno mortal, tan concentrado que con solo cinco gotas podía acabar con la vida de un hombre adulto. Vanesa había vertido suficiente veneno en ese tazón de gachas para matar a todos en el Fuerte Viejo el doble de veces. No era de extrañar que la reacción de Ocotlán hubiera tardado minutos en manifestarse, en lugar de horas. Tristan exhaló tranquilo, forzándose a calmarse. A pensar.

“Fue Brun,” dijo de repente. “Yong, tú lo viste entrar en mi habitación anoche después de la cena. Ire allí y denunciaré que alguien me robó la medicina. Deberíamos tener suficientes testigos.”

Si la vida de Brun estaba en peligro, Lan estaba seguro de que se pondría de su lado. ¿Maryam les ofrecería ayuda? Estuvo de acuerdo en que las probabilidades eran iguales, pero ella quería que se deshacieran del asesino y era suficientemente pragmática para aprovechar cualquier oportunidad que se le presentara. La cantidad de voces debería inclinar la balanza a nuestro favor, aunque solo tuviéramos testigos. Vanesa sonrió suavemente y le dio una palmada en la mano.

“Eres un buen muchacho, Tristan, pero ya es demasiado tarde para esas palabras,” dijo ella.

Sus ojos se entrecerraron.

“Si ya confesaste,” dijo lentamente, “podemos decir que fuiste obligado, que-”

“Después de servirle el cuenco,” dijo Vanesa, “bebí suficiente opio para tres días. Mis extremidades ya están entumecidas. Solo faltan unos minutos para que deje de respirar, el doctor fue muy claro respecto a las dosis.”

Tristan tragó saliva. La cara de ella, pálida por el dolor la noche anterior, no parecía fingido. Ella había estado acumulando el opio para beberlo de un solo trago.

“Lo siento,” dijo Vanesa apretando su mano. “Pero no quería que fuera doloroso.”

Tristan tragó, con los labios secos, intentando encontrar algo que decir. Fracaso. Nada de lo que había aprendido le había enseñado palabras más que aire.

“Envenenado. Este hombre ha sido envenenado.”

El anuncio serio del médico de la Guardia puso fin a todos los gritos. El patio se llenó de testigos y guardianes de capa negra, todos en silencio frente a las palabras del hombre. Ocotlán yacía en el suelo, pasado por convulsiones. Más allá de cualquier cosa: el Aztlán había muerto. Sus extremidades estaban deformadas y su rostro retorcido en una mueca, su pecho cubierto de vómito. Debe haber sido, pensó Tristan sin compasión, una muerte extremadamente dolorosa. El médico de capa negra abrió su boca y miró su lengua hinchada y ennegrecida. El hombre frunció el pelo de la nariz.

“Y en dosis elevadas,” añadió.

Miró hacia la figura que presidiendo todo esto. La expresión de Lieutenant Wen era un rostro frío lleno de rabia.

“Vigilantes, de pie con los brazos extendidos,” ordenó, luego su mirada recorrió a todos los demás. “Nadie saldrá del fuerte hasta que encontremos quién hizo esto. Todos deben quedar desarmados en el patio mientras...”

Vanesa tomó sus muletas y se levantó con dificultad, apoyándose en ellas, y el teniente Tianxi se quedó en silencio. Sus movimientos eran torpes y Tristan intentó ayudarla, pero su mano no alcanzó a llegar antes de que ella se apartara. Mordió palabras que no encontraba, el crujido de sus dientes era una sensación desagradable. Yong le agarró el hombro, como para devolverlo, pero Tristan se apartó de él. Sin embargo, no se levantó.

¿De qué habría servido, si todo terminaba antes de que pudiera entender qué estaba sucediendo?

“Eso no es necesario, teniente,” dijo Vanesa con calma. “Yo asumí la culpa.”

El capitán Wen parpadeó sorprendido.

“Estás confesando,” anunció lentamente.

“Ocotlán era un animal que dejó lisiado a mi único hijo de por vida,” dijo la anciana ajustándose las gafas rotas. “¿Cuántas vidas arruinó antes de presumir de ello? Sí, teniente, confieso. Confieso haber deseado que su muerte tardara más en llegar, para que pudiera sentir al menos una parte de la miseria que él mismo causó a otros durante toda su existencia.”

El teniente Wen alcanzó sus propias gafas, desplegándolas con cuidado.

— Has destruido el santuario — dijo el vigilante —. Se te advirtió sobre las consecuencias de esto.

— Sí — respondió Vanesa con sencillez.

Wen se colocó las gafas y drew su pistola.

— Cierra los ojos — ordenó el teniente.

Su tono, pensó Tristan, era casi suave.

— Estoy demasiado cansado para tener miedo, muchacho — sonrió suavemente Vanesa. —
Envíame a donde sea.

Sus ojos grises observaron cómo el dedo de Wen apretaba el gatillo. Trueno, humo que se arremolinaba.

Ella siguió adelante.

—

Los cuerpos fueron arrastrados por los capuchas negras en el silencio que siguió. Por más que se sintiera mal, Tristan terminó su desayuno. El hambre no ayudaría a los muertos.

—

El ambiente seguía siendo sombrío cuando todos comenzaron a partir. Tristan no pudo encontrar diversión al ver a Augusto y Tupoc correr solos, no cuando la memoria de esa última suave sonrisa no lo abandonaba. Se obligó a estar presente en el ahora cuando su grupo se reunió alrededor de Angharad Tredegar, quien con energía los presentó antes de partir. No eran un grupo tan pequeño, sumaban ocho: él mismo, Tredegar, Song, Zenzel, Yaretzi, Isabel Ruesta y, por último, la pareja que juró no abandonar jamás la isla.

El Santuario de la Paloma no estaba vacío al ingresar, para sorpresa de los demás.

— No hicimos un trato para cruzar Tristan — recordó Tredegar —. Solo el nuestro.

El dios carroñero que los esperaba parecía un ave de papel doblado, muy diferente al suntuoso santuario que lo rodeaba. Para la rata, o un dios de la Bestia, parecía una pretensión, un dios de la Gran Manada que vestía como un manej.

— Siervo — dijo el dios —. Entras en el santuario de—

Se encendió la irritación. Había oído hablar de la prueba de ese santuario en cuatro bocas diferentes, y no buscaba sorprenderse.

— ¿Seguimos con tu juego de fichas? — interrumpió Tristan —. Lady Ruesta, si no te importa, te tomaré tu bastón.

La infanzona asintió con duda, y al volver su mirada al dios, vio que la observaba con tanta malevolencia como un montón de papel doblado podía.

— ¿Establecemos los términos? — preguntó él.

Un largo momento pasó, luego se sintió un viento frío atravesar el santuario con fuerza, lo bastante para obligarlo a cubrirse los ojos. Cuando volvió a mirar, el dios había desaparecido de su percha. Lord Remund tosió y Lord Zenzele empezó a reír a carcajadas.

— Debe haber sido algo que dijiste — opinó el malani.

— Entonces trabajaré en mis modales — dijo Tristan sin rodeos.

No estaba de humor para bromear, no después de la mañana que habían dejado atrás.

—

Todo fue solo un ejercicio vigoroso hasta llegar al río.

Tristan agradeció que solo le llegara a la cintura, ya que no era un buen nadador. Habría sido peligroso nadar cerca de Los Muelles, donde atracaban tantos barcos, y las aguas de los canales que alcanzaban la Murk eran tóxicamente sucias. Las cloacas solo llegaban al barrio de Estebra y a las afueras de Feria, por lo que todos los demás depositaban sus desechos en los canales. Fue Abuela quien le enseñó cuando tenía trece años, llevándolo al Casco Antiguo para ello. Desde entonces, no había nadado mucho, por lo que era casi nostálgico volver a vadear las aguas. La nostalgia pronto fue reemplazada por la irritación, pues era un largo trecho agotador para el cuerpo. Se sintió aliviado cuando emergieron en un grupo de lagunas luminosas, hermosas a la vista, aunque los demás parecían indiferentes.

Ya habían recorrido ese camino varias veces.

“Quédate cerca de los lados,” le indicó Song. “Los pozos se vuelven profundos.”

El ladrón asintió, siguiendo dutvamente a Tianxi. Ella había estado en cabeza con Tredegar durante la mayor parte del viaje, pero se había quedado en la retaguardia desde que entraron en el agua.

“Escuché que tú fuiste quien encontró el camino a seguir desde aquí,” dijo de manera trivial.

Sus ojos plateados se volvieron hacia él. Song, pensó, lo miraba como alguien de la Guardia, evaluando si castigarlo o no, sin una pizca de duda de que podría hacerlo si decidía. Eso resultaba bastante interesante, considerando que aunque Tianxi era casi la segunda al mando de Tredegar, en realidad no le otorgaba mucha autoridad sobre el resto del grupo.

“Sarai mencionó que eres un chismoso,” dijo ella.

Fuera de lugar. Él era espía, no un charlatán. La labor de ambos oficios coincidía en gran medida.

“¿Sarai?” repitió él. “¿Así es como la llamas?”

Sus ojos plateados se entrecerraron sorprendidos y así tuvo su respuesta. Sabes su nombre real, pensó. ¿Qué tipo de trato habrán hecho tú y ella con la Vigilancia? No solía permitirse juzgar algo así después del acuerdo que había hecho con el Teniente Wen. Song se inclinó cerca.

“Sería prudente no tentar demasiado la suerte conmigo, Tristan,” dijo ella.

Tristan se quedó quieto, esfumando su sorpresa y preocupación. ¿Fue casual esa expresión? Que el contrato de Song tuviera que ver con esos ojos inquietantes no cabía duda, pero ¿qué podía ver ella? La Tianxi lo observó un instante, luego sonrió.

“Eso es mejor,” dijo ella. “Maryam se encariñó contigo, a pesar de que sus dioses del norte le regalaron un gusto terrible, así que no seamos descorteses.”

Tristan se obligó a sonreír.

“Eso suena encantador,” comentó.

¿Cuánto sabía ella? Desconfiaba de él, difícil que revelara mucho, pero los otros habían estado más tiempo en su presencia. Algunos desde la Prueba de las Líneas. Si empezaba a dialogar con—

“Estás pensando en husmear en mí en este momento,” afirmó Song. “Tu error es pensar que me importas lo suficiente como para complicar las cosas.”

Tristan parpadeó, fingiendo sorpresa.

“No sé—”

Song sonrió.

“Pero si sigues cavando, Tristan,” advirtió ella, “entonces me veré forzada a preocuparme. Y te golpeará con tu propia pala con tanta fuerza que escupirás dientes.”

Eso, admitió, tenía la virtud de ser extremadamente claro.

“Justo,” concedió, dejando el teatro. “No puedes culpar a un hombre por su curiosidad.”

Song sonrió radiante.

“Yo sí puedo, y lo haré.”

Ella le dio una palmada en el hombro y se volvió, continuando la marcha alrededor de la orilla de la piscina. Un silbido bajo salió de detrás de él, Fortuna remando a braza de manera perezosa en la piscina. El vestido que la seguía parecía un rastro de sangre.

“Eso fue una buena paliza,” le advirtió la Señora de las Probabilidades Altas, como si él no hubiera estado consciente de ello. “En Sacromonte hay lugares donde te cobrarían por un trasero rojo como ese.”

Contuvo una tos, cubriéndose la boca.

“*Pareces una víctima de ahogamiento,*” le retrucó.

Su grito ofendido casi hacía tolerable el atravesar el resto de las piscinas.

--

Estar prevenido eliminó el miedo al ser que saltaba cuando cruzaban el saliente, y el extraño templo mecánico que atravesaron después, donde había muerto Inyoni, permanecía vacío. Hubo cierta tensión en el grupo al acercarse, pero desapareció cuando el dios del templo no mostró señales de estar presente. Angharad Tredegar quedó a su lado al pasar, y él sospechaba que intentaba evitar al Señor Zenzele. La culpa era una bestia de trabajo incansable.

— Suena como la prueba más ardua que cualquiera haya enfrentado — dijo, lanzando una mirada a su alrededor — al menos, que pudiera ganarse en algo.

La que casi provocó la muerte de Yong cuando aún correteaba con los Ramayans no parecía factible de superar en absoluto.

— El espíritu de este lugar era meticulosamente justo — admitió Tredegar — Rudo, pero justo.

— Aquí murió un dios — le dijo Fortuna, caminando a su otro lado mientras inspeccionaba el techo — hace algunos años. Aún no se puede ver, pero el templo se está desmoronando.

Tristán casi frunció el ceño. Entonces, ¿quién había establecido esa prueba?

— Nunca he oído hablar de un dios de las máquinas — musitó distraído, como quien va de pesca — Debe de haber parecido bastante extraño, ¿verdad?

— De latón y bronce, como esperarías — dijo Tredegar — Su voz era... desagradable. Aun así, no fue el—

Se detuvo, sacudiendo la cabeza.

— ¿No fue...? — instó Tristan.

— Me achacarán supersticiones — dijo la Pereduri.

— ¿Cuando te enfrentas a un laberinto lleno de dioses moribundos? — respondió Tristan — Rara vez.

La mujer alta mordió su labio, luego suspiró.

— Creí notar algo en su interior, por un momento — dijo — Dientes y una garganta que traga.

El corazón del ladrón dio un vuelco. ¿La Boca Roja? Pero aquí, el dios había dictado una prueba. Zenzele Duma había sido vencedor. ¿Por qué el prisionero de aquel laberinto ayudaría a que alguien lo cruzara?

— Sin duda, eso es muy inusual — susurró lentamente.

— Pensé que solo era fatiga — admitió Tredegar — Pero luego vi algo similar al día siguiente, cuando enfrenté al espíritu de la sala de cristal.

El miedo se anidó en su estómago.

— ¿Oh? — dijo él — ¿Algún otro momento después de eso?

Ella negó con la cabeza.

— El espíritu del pavo real en la fortaleza no me dio esa impresión — afirmó — Quizá porque en un tiempo fue montura de un espíritu mayor.

Esa no es la pregunta correcta, pensó Tredegar. La verdadera es: “¿Qué ocurrió con el dios que solía montar el pavo real?”. Podría haber sido la Boca Roja cediendo en una victoria, pero ¿dos o tres veces? Su sello está fallando, reflexionó. Y la Boca se está haciendo pasar por dios para que la Vigilia no note lo que ocurre. ¿Cuánto del laberinto ha sido tomado por ella? No podía saberlo, pero no importaba demasiado. Ahora, los mismos sacrificios que mantenían a los dioses a raya y contenían a la Boca Roja en su lugar, en cambio alimentaban a la Boca. La revelación aniquiló su voluntad de continuar hablando, y el diálogo se extinguió. Cuando abandonaron la sala, se separaron, con Tredegar encabezando el grupo nuevamente.

Esto era grave, pensó Tristan.

Una pausa.

No, el ratón entonces pensó. Esto es bueno.

Su trato con Wen siempre había sido peligroso, probablemente terminando con la Vigilia poniendo una bala en la nuca al final de la Tercera Prueba, incluso sin haber infringido las reglas, pero ahora tenía un motivo. Tristan no iba a romper una joya antigua e irrecuperable solo porque fuera el precio que pagaba un oficial de la Vigilia por socavar a otro; lo hacía por el bien superior. Él, un joven preocupado y de buenas intenciones, había llevado a cabo esto solo para revelar la traicionera infiltración de la Boca Roja. Claro que habría informado a los caballeros negros, pero el teniente Vasanti tenía algún tipo de rencor contra él.

¿Por qué solo tenían que mirar? Ella lo había obligado a intentar algo que ya había puesto a varios vigilantes en riesgo —sin duda, eso está registrado— y él, a su vez, informó a la heroica teniente Wen sobre sus sospechas. Tristan hizo nota mental de comunicarle realmente a la teniente Wen sus dudas. Quizá frente al sargento Mandisa, para que el hombre pensara dos veces antes de negarlo.

Tan profundo en sus pensamientos estaba el ladrón que no notó que habían dejado la última sala del templo de mecanismos hasta que el suelo bajo sus pies se convirtió en arena.

Más allá del templo aparentemente se extendía una gran arena, cuyas puertas ignoraron en favor de una reja oxidada y rota que conducía al interior. Cerca ya, según la descripción de Isabel Ruesta. Después vino una cripta oscura y polvorienta, y por fin, la sala de la rueda que la infanzona

había mencionado. Cuatro puertas en paredes de piedra, una rueda en el centro de la habitación con cuatro radios de bronce que sobresalían. Cada radio iba desde el suelo hasta por encima de la cintura de Tristan. Según lo que entendía, debían dividirse en cuatro zonas delimitadas por los radios y dejar que su peso activara algún mecanismo giratorio que abriera las puertas.

Luego, serían lanzados a través de ellas como sacos de papa, lo que le hizo preguntarse para qué habrían previsto los Antediluvianos esa habitación.

“Dividámonos en parejas,” dijo Tredegar, con un mandato que sonaba más a sugerencia.

Que Ruesta se aferrara a ella como una lamprea y que Cozme Aflor se quedara con su cargo eran cosas evidentes. Tristan levantó una ceja hacia Lord Zenzele, quien se encogió de hombros en señal de acuerdo, y se alegró de no haber sido emparejado con Song y sus ojos demasiado observadores. Más importante aún, dividirse primero le permitía escoger un cuadrante junto al de Remund Cerdan. En cuanto los ocho estuvieron repartidos, un sonido mecánico surgió debajo de sus pies, algo que se desplazaba, y el señor Malani empezó a sonreír. Tristan atrapó el borde del radio y se preparó.

La rotación comenzó de manera bastante abrupta, pero no sorprendió a nadie. La velocidad incrementándose parecía peligrosa, aunque Zenzele Duma se divertía riéndose, pero Tristan mantuvo la vista en la situación. Fue cuando las puertas empezaron a abrirse que apostó a su suerte, rápida y profundamente.

Justo cuando empezó el tic-tac, hubo un estruendo de metal golpeándose bajo sus pies y algo que se atascó.

Cuando la fuerza lo lanzó hacia adelante, no luchó contra ella. Fue con ella, y así, tras que Remund Cerdan fuera arrancado del radio, se sostuvo para caer por la puerta medio abierta; el ladrón fue solo dos latidos de corazón detrás. Rodó sobre piedra y agua, escuchando a Remund maldecir delante y a Cozme Aflor gritar detrás; y con un amague de anticipación, soltó su suerte. Un latido después, justo cuando vislumbraba cómo la pendiente en la que caían se bifurcaba en dos, golpeó una protuberancia en la piedra y rebotó contra la pared—donde sobresalía alguna pieza de metal oxidado.

El ladrón tragó un grito al sentir cómo se desgarraba en su costado, atravesando la túnica y la carne por igual.

“Maldita sea,” maldijo. Remund debió haberse golpeado al caer y la suerte lo consideró como un ataque. Eso siempre le volvía la suerte en su contra. Otro par de minutos le llevó acabar de caer por completo, la pendiente frenándose misericordiosamente antes de que lo arrojaran sin ceremonia sobre un tapiz de hongos luminosos. El más joven Cerdan apenas consiguió apartarse a tiempo, apresurándose a mirar a su alrededor mientras Tristan se quedaba en los hongos para examinar su herida. Era superficial, con suerte, pero un corte con óxido llevaba peligros más allá del daño inmediato. Tendría que limpiar eso con alcohol cuanto antes.

“Conozco este lugar,” dijo de repente Lord Remund. “Isabel me lo describió, es donde ella cayó la última vez.”

Tristán se levantó con un quejido. Estaban sobre un estrecho tramo de piedra, con un lado cubierto por un muro y el otro que llevaba a una sima abierta. Por la frescura del aire que emanaba, debía ser profundamente abisal. Frente a ellos, al final del paso, yacía una estrecha abertura en un muro de piedra natural. Tendrían que apretujar para atravesarla.

“El resto del camino hasta el salón de cristales es sencillo,” continuó el Cerdan. “Pronto estaremos allí.”

“Eso es una buena noticia,” dijo Tristán.

Recogió su tricornio del suelo, lo cepilló y lo colocó en su cabeza. Al girarse, vio que los ojos del otro hombre estaban fijos en su herida. La mirada del infanzón se volvió despectiva ante la vista.

“Sé el camino desde aquí,” dijo Lord Remund Cerdan. “Solo necesitas escuchar y seguirme a mí.”

Tristán asintió con respeto.

“Como diga, mi señor.”

Satisfecho con la demostración de obediencia, el infanzón se volvió, y en el parpadeo que siguió, Tristan tenía su garrote en mano. Lo más sencillo habría sido golpear la parte posterior de la cabeza del hombre para dejarlo inconsciente, pero esa no era la intención del ladrón.

En su lugar, golpeó la parte trasera de la rodilla de Remund.

El infanzón cayó, gritando de dolor y sorpresa mientras se retorcían para enfrenar a su atacante, mientras Tristan le asestaba su siguiente golpe. La muñeca de Remund crujió con el impacto, y la espada que intentaba desenvainar cayó al suelo. El ladrón la pateó lejos.

“¿Qué estás—” gritó el Cerdan, con los dedos trazando un círculo de luz en el aire.

Ah, el famoso contrato. Un truco útil, pero las varias descripciones que Tristan había recibido revelaron una debilidad: le dio una patada en la cara a Remund, justo en el mentón, y la luz brillante se apagó. Quedó claro que el Cerdan necesitaba concentrarse para mantener la luz, eso se había demostrado con claridad.

Quizá si Remund Cerdan hubiera practicado su propia tolerancia al dolor en lugar de maltratar sirvientes, una patada no habría sido suficiente para romper su concentración.

El infanzón se arrastró ciegamente hacia atrás, empujando con las piernas como un cangrejo volteado, pero al verlo, Tristan no echó ninguna lástima. No por un Cerdan. Con calma, lo siguió, pisoteando la rodilla que ya había golpeado. El golpe resonó con un crujido muy satisfactorio, y el infanzón gimió de dolor. Seguía arrastrándose, con Tristan detrás, con una expresión de diversión: el hombre todavía no había caído en la cuenta de que se dirigía al borde del acantilado. Cuando finalmente lo descubrió, con la pierna destrozada colgando sobre el abismo, soltó un grito de pánico y arañó la piedra para evitar caer.

“Por favor,” suplicó Remund. “No sé cuánto te pagó mi hermano, pero puedo duplicarlo.”

“Remund Cerdan,” dijo el ladrón. “Tengo preguntas para ti.”

“Sí,” respondió el infanzón apresuradamente. “Cualquier cosa.”

“Teogonía,” preguntó. “¿Ese término te dice algo?”

Un destello de sorpresa brilló en sus ojos.

“No,” dijo Remund, “nunca—”

Tristan le pateó la pierna. El infanzón gritó con miedo, intentando agarrar su bota mientras mediaba en el aire, mientras era empujado hacia el borde. Sin embargo, el ladrón fue demasiado ágil, y Remund se vio obligado a arañar el suelo de la caverna para que sus piernas colgantes no lo arrastraran hacia la oscuridad.

“Sí,” gritó Remund. “Lo he oído mencionar. Es alguna especie de gran plan del tío Lorent, el señor Cerdan ha invertido una fortuna en ello.”

—¿Y todavía sigue sucediendo?— insistió Tristan.

El infanzón asintió, con los ojos desorbitados. Intentó arrastrarse más lejos por tierra firme, pero se quedó quieto al ver que Tristan sacaba su pistola. Observó con temor cómo el ladrón llenaba el cañón con pólvora y añadía la bola de plomo. Como Tristan había sospechado, el horror no había cesado cuando los cerdanos cerraron sus almacenes en el Distrito Feria. Solo se habían mudado a otro lugar.

—¿Lauriana Ceret?— preguntó. —¿Conoces ese nombre?

Remund parpadeó.

—¿La profesora Ceret?— preguntó. —¿Nuestra tutora de matemáticas?

La mandíbula de Tristan se tensó. Una tutora. ¿Esa mujer, después de todo, se permitía enseñar a los niños? La rabia surgió, pero era fría. Paciente. Había esperado años por la Lista y seguiría esperando otros tantos.

—¿Ceferin?— forzó a decir. —¿Y él?

Remund negó con fervor y Tristan le creyó. Ceferin había trabajado con la Casa Cerdan por sus propios motivos, no parecía uno de los suyos. La cuerda que lo ataba a ellos era floja.

—¿Formaste parte de eso, no es así?— preguntó Remund. —¿De lo que salió tan mal en el Distrito Feria, que el tío Lorent tuvo que marcharse al extranjero durante tres años?

El infanzón tragó saliva.

—¿Qué te hicieron?

Tristan dio un paso más cerca. El otro retrocedió con un sobresalto.

—¿Sabes qué sucede cuando un hombre realiza dos contratos?— preguntó.

Remund se lamiò los labios.

—Se vuelven locos y mueren—dijo—. Los dioses los devoran desde adentro.

—¿Y si fueran tres?— preguntó Tristan—. ¿Cuatro, cinco?

El infanzón tragó saliva.

—No lo sé—respondió.

—Tampoco ellos—replicó Tristan—. Por eso intentaron.

Eso y cosas peores aún. Si no hubiese seguido a su padre aquel día, nunca habría visto los horrores que yacían ocultos bajo el Distrito Feria, la carnicería que los cerdanos estaban dispuestos a cometer para cerrar la brecha con Los Seis.

—Yo nunca tuve nada que ver con eso—le aseguró Remund. —Lo juro. Incluso en los viejos almacenes en el Distrito Feria, ¡es Augusto quien los maneja! Él, Tristan, no yo. Suéltame y te ayudaré, no es hermano de...—

El ladrón se acercó un paso más. El infanzón gritó, el miedo indistinguible de la furia.

—¿Por qué?— exigió. —No te he hecho nada, no merezco esto.

Apuntó con la pistola.

—Piensa en ello—dijo Tristan con calma—como los intereses de la deuda.

No era un buen tirador, pero de tan cerca ni él podría fallar. Y mientras el disparo resonó débilmente en la caverna, Tristan Abrascal sonrió.

Contó dos.

A mitad del camino.

Revision #1

Created 26 April 2026 21:42:24 by Michael Brown

Updated 26 April 2026 21:42:27 by Michael Brown